

FRANK Y GERONCIA

(FRAGMENTO DE «MEMORIAS DE EL VEDADO»)

OFELIA GRONLIER

Geroncia se empeñaba en dar la vuelta, con la mano izquierda afincada en la cintura y la derecha culebreando en alto, mientras levantaba y flexionaba la pierna derecha, que bajaba junto con la mano culebreante como si fuera una bailarina española; o, mejor dicho, como si fuera una bailarina argentina haciendo de española en aquellas películas en blanco y negro que pasaban en el cine Vives y que la cinéfila guajira se aprendía de memoria.

--¡Nonononó, eso no! --le había gritado Frank horrorizado--¡Es realmente infame!

--¿Por qué no? --le echó una mirada retadora, manos en jarra, cabeza alzada y cuello de periscopio.

Frank la miró de arriba abajo con melancólico desprecio, el suficiente para que la mirada de Geroncia pasara de retadora a preocupada. Y en ese punto se puso de pie, porque estaba sentado en el borde de la cama, y con esa facilidad suya para pasar de lo frenético a lo pastoso sentenció:

--Tu triunfo es inminente. Pero tienes que ser una tigresa. --Comenzó a pasearse, más bien como una pantera negra de Insulindia, por el angosto espacio que separaba la cama del espejo de cuerpo entero que acaba de regalarle a su amiga para el entrenamiento (en realidad no sé cómo podía regalar algo que según él había tomado prestado del ballet de Pro-Arte)--. Una Gilda --se detuvo ante el espejo mirándose fijamente, con la boca en O, y, de pronto, le lanzó desafiante--: ¡Así!: echa la cabeza para adelante y luego para atrás; que te caiga la melena de fuego: ¡paf!

Yo miraba atónita el pelo hirsuto de Geroncia; hirsuto más que nunca ahora que se había zafado las trenzas y que el pelo, quizás por los nervios o por esos raros fenómenos atmosféricos de Cuba, se le había cargado de electricidad. Frank clavó los ojos en el cerquillo de Geroncia:

--Una cerca de púas! --dijo, desplomándose en la cama. Pero incorporándose de inmediato, y volviendo a lo que él llamaba su "posición de público presente", agregó con amargo estoicismo--: ¡Y para mí una corona de espinas!

El invencible Frank reiniciaba el ataque. Se mojaba los dedos con saliva y comenzaba a frotar con ella los rígidos pelos de Geroncia como si se tratara de acelerar un proceso de digestión.

--Parecen almidonados; pero no te preocupes, que-

rida, tu make-up man y agente de propaganda encontrará algún truco para disimularlos.

Frank hablaba bastante bien el inglés porque asistía a las clases nocturnas de la Nobel Academy y porque, más que nada, lo aprendía de las revistas de cine americanas y de las películas de Hollywood. (En mi país, el cine era hablado en inglés porque el doblaje nunca tuvo éxito entre nosotros, que disfrutábamos tanto de la voz original del actor). Recitaba en inglés los diálogos de sus "vamps" favoritas, imitando a la perfección la entonación y el acento de aquellas leyendas del celuloide. Su recreación de la voz aguardentosa de la Dietrich y, sobre todo, aquella voz de algodón de azúcar que salía de sus labios cuando era su adorada Rita Hayworth, no tenían precio. Recitaba de memoria las minibiografías de las estrellas de *Movie Show*, *Movie Stars* o *Photoplay*, revistas que lo acompañaban a todas partes. De tanto leerlas y manosearlas, Frank tenía el olor a tinta fresca, a goma y a papel policromado de aquellas revistas. Los marines, claro está, también hicieron su valiosa aportación al idioma de nuestro amigo; digamos que le habían dado a Frank "l'esprit de la langue", le habían conectado con la vida el inglés académico, de modo que ahora ya el asesor de imagen de Geroncia no vacilaba en salpimentar con estas aportaciones su conversación y su filosofía de la vida.

Después de su primer desplante de española y de la mirada descalificadora de Frank, Geroncia se había quedado pasmada. En contraste con el parloteo y la gesticulación de su entrenador, desde hace rato se movía con una lentitud hipnótica, como de péndulo, tarareando, como música de fondo, el mítico bolero "Dos gardenias", de la compositora del momento, Isolina Carrillo.

--Tienes que cambiar el atavío y ser a la vez cinematográfica y cabaretófila. --Frank revoloteaba como un caballito del diablo--. Hacerte de un yo teatral...

Hablaba y hablaba mientras ella desviaba la vista, tarareando su bolero. A punto de perder la paciencia, el asesor de imagen le gritó con ganas, dándole una sacudida:

--¡Sobre todo dar la espalda! Hija, es tu fuerte. ¡Lo tuyo está debajo de la cinturita!

Y lanzó una carcajada de ésas que él llamaba de flan, moviendo los hombros y el torso en un tembleque. Acto seguido, levantó de la mesa de la Caridad

del Cobre un vaso de vidrio irrompible rojo escarlata, obsequio del cereal Quaker Oats, y a veces usado como palmatoria para la virgen, y lanzó un brindis:

--¡Y menéalo! --hizo un mohín, como si bebiera algo efervescente, quizás champán, y tiró contra el suelo la supuesta copa, que rebotó como una pelota.

Y es que la medium villaclareña, como llamábamos a Geroncia, no había desaparecido entre los laureles de El Vedado, después que mi padre, harto de macutos y resguardos, güijes y aparecidos, la despidiera como doméstica. En realidad, salió de nuestra casa como bola por tronera, dejándonos como auténticos damnificados de un ciclón del Caribe, gracias a sus brujerías. De la abrupta huida de la villaclareña conservo en mi memoria: el profundo suspiro de mi padre, el bolero de piel de conejo y la boina a lo Zully Moreno con los que se perdió tras los laureles, bajo un sol que nos calaba hasta la médula, y una sensación que oscilaba entre el saqueo y el naufragio.

Pero Geroncia regresó al barrio. Entre nosotros vivían sus tres enamorados: el bolitero(*), el policía y el padrino espiritual; que bien vistos eran como la suerte, el orden público y ¡la bendición de los orishas! Y de tanto dar vueltas por el vecindario, la guajira se enteró de que mi tía Cuca buscaba sirvienta. De modo que guiada por los caracoles del padrino, o por lo que fuera, allí se presentó, sin tomar en cuenta ni el parentesco ni el hecho de que Cuca vivía en frente de mi madre.

--Busco colocación, señora Cuca, y ya he dejado el espiritismo --dijo sin rodeo y con aire de inocencia.

Esta vez había tenido buen cuidado de no presentarse acompañada de su inseparable gallo pinto y, además, había sustituido el par de trenzas por una redcilla "a lo Zully Moreno", decía embutiendo en la malla aquella pelambre producto del cruce, por lo menos, de tres razas.

Cuca, rara avis entre las hermanas, que, por tolerante, la llamaban "migajón de pan", primero le sonrió, luego le recitó de carretilla las condiciones del empleo, y apenas al final le preguntó casi por curiosidad y con el ánimo de creerla:

--¿Ya no caes en trance?

--¡Por éstas que son cruces! --se santiguó--. ¿Se puede para cambiarme? --Y diciendo esto echó a andar hasta el bañito de criados que estaba al fondo de la casa y se puso el uniforme, mientras Cuca, con esa inclinación suya a la simpatía, le daba su aprobación con un mudo: "Claro que sí, chica". Fue una entrevista breve que podríamos calificar de positiva. Sin embargo, días después sucedió lo que voy a contarles:

--¿Te has vuelto loca? --telefoneó mi madre, tan pronto vio a Geroncia, con el uniforme de rayas y el delantal verde botella, dale que dale con la escoba, barriendo el portal de Cuca.

--Nada de eso, chica; me ha dicho que ya no cae en trance. Oye, la pobre mujer trabaja para pagarse unas clases de canto con Isolina Carrillo. Todos los días, en su horario de descanso, si no va con Isolina, se pone a ensayar en el cuarto de criados. ¡Y no me dirás que eso no tiene mérito! Tiene mucho mérito, sí señor. Las vueltas que da el mundo, a esto la ha llevado su amor por Berto González, que para ella es mejor cantante que Jorge Negrete... Ahora quiere ser bolerista.

--¡Bolerista?! --preguntó y exclamó mi madre, antes de entrar en consideraciones mayores.

Fue entonces que decidí echar a correr y cruzar la calle y seguir el hilo de la conversación a través de mi tía.

Estaba claro que la villaclareña le había ganado el corazón a Cuca. ¡Qué maravillosa empatía! Juntas trabajaban, canturreaban y ponían cada día el vaso de agua encima del aparato de radio cuando empezaba el programa de Clavelito, aquel superdotado guajiro montuno, hábil decimista y psicólogo intuitivo que con su voz de pito y su guitarra se había montado un programa radial que tituló "Consultorio de Almas". Un programa telepático en el que el diálogo entre el consultor y el consultado se establecía a través de las ondas sonoras y del agua del vaso. Con asombrosa capacidad de síntesis, a la silenciosa pregunta del oyente, Clavelito respondía con un punto guajiro, críptico a más no poder, y que le venía bien a todos porque cada quien lo interpretaba a su modo. Y todos contentos. El más contento de todos, por supuesto, Clavelito. "Pon tu pensamiento en mí / y harás que en este momento / mi fuerza de pensamiento / ejerza el bien sobre ti", cantaba y cantaba y la audiencia crecía y crecía, como una masa a la que se le echa cada día más levadura. Cuando estuvo a punto, o lo que es igual, cuando el programa llegó a colocarse en el número uno en el conteo radial --cosa muy estimable en aquellos días gloriosos de la radio cubana--, el iluminado de la pegajosa melodía, más machacona que la célebre "Guantanamera", dio un salto genial hacia la política y, como habrán adivinado, arrasó en las elecciones. Clavelito salió electo representante a la Cámara en lo que unos calificaron de verdadero paseo, para significar que no tuvo que hacer el más mínimo esfuerzo político, y otros, como mi madre, de verdadero bochorno para el país.

Cuando llegué a casa de Cuca, la vi que seguía pegada al teléfono, escuchando con resignación la versión de los hechos contada al detalle por mi madre,

(*) Apuntador que recogía las apuestas de la charada china.

que era una excelente narradora de catástrofes. Quizás aprovechando un acceso de tos en el interminable monólogo de su hermana, Cuca se atrevió a explicarse:

--Mira, chica, te digo que es muy ágil y que te hace un plato de comida de cualquier cosa, y eso para nosotros..., con la mala racha que estamos pasando... --Miró hacia el jardín, donde su marido llevaba paseándose horas, ajeno al sol que reverberaba en las plantas y hasta en las piedras del patio: el tío Jorge, a punto de una insolación, se comía las uñas y se despellejaba sin piedad la punta de los dedos.

Al fondo de la casa, Geroncia cantaba exageradamente un bolero. Había fregado lo del almuerzo y terminaba de baldear la cocina. Podía adivinarse que tenía prisa, tanto por el ruido que hacía como por el acelerado ritmo del canto.

--Te digo que está catatónico, ya ni siente el sol que lo está achicharrando. --Miraba el color rojo rabioso que ya tenía la cara de su marido.

Se produjo un largo silencio en el que no hay dudas de que mi madre había recuperado la voz cantante. De pronto, Cuca tomó aire, como si fuera a bucear, y se lanzó a la catarsis:

--¡Te digo que tenemos que ahorrar hasta el último centavo y que no está el horno para pastelitos! ¡Con la porquería que le han hecho al pobre con lo de la herencia! Parece una estatua en medio del patio, y con lo buen padre y lo buen hijo que ha sido... --tenía la vista empañada por las lágrimas mientras veía a su marido clavado como una estaca bajo el sol que le caía encima como plomo derretido--, y el pobre ha empeñado hasta los dientes para construir la casa...

Vi aparecer a Geroncia, con el palo de trapear en la mano, en medio de la sala. A espaldas de mi tía hacia maromas y muecas que dirigía a alguien que estaba al otro lado de la puerta-ventana. Trataba de comunicarse con un negrito larguirucho y flaco como un alambre y que, a duras penas, arrastraba un espejo casi de su mismo tamaño.

--Que no va a pasar nada, chica, nos mudaremos a Mulgoba y terminaremos la casa poco a poco, viviremos de la tierra...

Después de estas palabras, Cuca quedó como sin aire y fue cayendo sin remedio en el estado de sopor que le producía la conversación de su hermana. Esto favorecía la gesticulación de la criada que, con el dedo índice le señalaba al portador del espejo que pasara por detrás del tío en dirección al traspatio. Y que, en vista del titubeo del muchacho, se enfrascaba en una pantomima asparentosa, caminando en puntillas con el palo de trapear como si éste fuera el espejo y arreglándoselas para trazarse círculos en la sien con el dedo

índice y señalar al tío, como diciendo: "No te preocupes que está chiflado".

Con este gesto, el muchacho se decidió a pasar y detrás salió Geroncia como una exhalación, descalza, con las chancletas de baldear en la mano y diciendo en voz baja: "Caridad del Cobre, por tu madre, que no se despierte ahora la señora Cuca".

Detrás del seto de arbustos estaba el traspatio, oculto por la maleza al punto de que era difícil encontrar la puerta de entrada entre tanta hojarasca. Y allí estaba el cuarto de Geroncia, a quien se le había impuesto para el empleo una sola condición tajante: "No pasar a nadie detrás de la enredadera". "Por éstas que son cruces", había jurado santiguándose. Y es que comprimidos en aquel espacio enmascarado como un búnker se apilaban junto al cuarto de tablones verdes y techo rojo de dos aguas en que dormía la criada, la cría de chivos y los panales de abejas que ayudaban a los tíos a pasar la mala racha. La ley no permitía criar en zonas residenciales animales que no fueran domésticos, de modo que los tíos se convirtieron en artistas del disimulo. Aunque creo que un buen ángel debió protegerlos en aquel tiempo porque, como se adivinará, la ex-medium violaba su juramento día, noche y madrugada.

Llevábamos más de dos horas con el ensayo, en el bochorno de aquel cuarto que la humedad, los nervios de Frank y el olor a chivos hacían todavía más sofocante. Frank se refería ahora a Geroncia como "la futura estrellita radial" y la animaba diciéndole que este concurso era mejor que el de la Corte Suprema del Arte, donde el que desafinaba recibía un rotundo campanazo.

Quizás fueran el sofoco y el mareo, pero me daba la impresión de que cada uno iba por su lado: Geroncia, ensimismada, no escuchaba a su entrenador que, a su vez, hablaba de cosas que no venían al caso:

--¿Te he contado alguna vez cómo lo conocí? --parloteaba Frank, que había recogido del suelo la supuesta copa de champán y ahora se la llevaba a los labios--. Eso es largo de contar --suspiró, pero, ¡en fin!... Fue un chico del ballet que me invitó a su casa, allá en Guanabacoa. Es mucho mayor que yo, pero sabe llevar la ropa con mucha elegancia --se quedó mirando a la guajira, que se miraba extasiada en el espejo:

--¡Me gustaría estar en una vidriera rodeada de foquitos de colores! --decía Geroncia, inspirada por los tornasolados reflejos de su falda, que abría como un abanico y movía con un morbo que rayaba en el narcisismo.

--¡Mira para el pavorreal! --dijo Frank, sacándola del encantamiento--. Es tela espejo, muchacha --son-

reía mientras arreglaba las mangas de farol--. A ver esos tufitos. Pues volviendo a nuestro anfitrión de Guanabacoa: es todo un señor. --Estaba decidido a contarnos algo, pero lo haría a cuentagotas y en "suspense"--. ¡Qué modales europeos! ¡Qué manera de servir el té, calentando d'abord la cafetera --había comenzado a introducir palabras en francés en la conversación--, y dejándolo reposar cinco minutos. ¡Qué glamour! --hablaba sin dejar de acotejar el vestido, las mangas, el peinado, la falda.

Con el distanciamiento de una modelo profesional, Geroncia se dejaba hacer y ensayaba miradas perturbadoras y enigmáticas sonrisas frente al espejo.

--¿Sabes qué pienso? Que debes ponerte algo que disimule el bembeteo de tu falda --al decir disimule, se había llevado la mano a la frente, donde, ya casi borrada por el tiempo, se veía una cicatriz--. Se ve usada --continuó--. Aunque con las luces y los reflectores, quizás... --Se llevaba el dedo a la boca en O, dejando el punto suspensivo y luego rompía bruscamente--: Bueno, mantén cerca de tus labios la copa escarlata, mientras se me ocurre algo --y le entregó el vasito de Quaker.

A veces un gesto es suficiente para despertar la memoria. ¿Quién iba a decirme a mí que Frank era Blakamán? Porque en aquel dandy larguirucho de cuello ondulante y cabeza de culebra, sobre todo cuando, como ahora, la embutía en una especie de redecilla hecha con una media de mujer, "para domar la pasa", decía, no había nada del negrito mofletudo y cabezón hijo de Blancanieves, la lavandera del barrio. ¿Qué se hizo de aquella descomunal mota de pelo estropajosa que le había ganado el nombre de Blakamán? Del aspecto exterior del negrito quedaba apenas una cicatriz.

Blancanieves lavaba y planchaba para el vecindario. La lavandera era una negra retinta que había parido "de cabezona", como decía ella, demasiado vieja y cuando su corazón gastado de dar plancha y batea, comido por el asma y el maltrato, había sufrido un primer infarto. Era una mujer perseverante que acicalaba y enseñaba buenas costumbres a su hijo único porque quería darse el gusto de tener "un hijo caballero y no negro ripiera", así decía. Vivían los dos donde mismo la lavandera había parido, en un laberinto de latones, cartones y tablas llamado Loma del Príncipe, donde la gente contaba que cuando soplaban los ciclones volaban los zines cortando cabezas. Cada mañana de Dios, la madre tomaba al hijo de la mano y bajaba la loma para dejarlo a la puerta de la escuela, con los libros atados con una correa y un cartucho de pan con guayaba para la merienda.

--¡Blakamán, ponte en punta de pie! ¡Blakamán, baila "El cisne negro"! --gritaba la chiquillada del barrio.

Tan pronto desaparecía su madre, el negrito, con su risa de flan, corría hacia la esquina de la escuela, y allí mismo se desabrochaba la camisa almidonada, se anudaba la corbata del uniforme a la cabeza y se quitaba los zapatos.

--¡Soy el cisne negro! --chillaba el bailarín, enseñando su dentadura de masa de coco; los brazos en arco sobre la cabeza y la panza de ombligo botado asomando por la camisa abierta. Blakamán se paraba en punta de pie ¡sin zapatos!

Las risas, los gritos y los improperios avisaban siempre a tiempo a Blancanieves, que llegaba sin resuello:

--¡Francisco José, a la escuela!

Una vez, sin embargo, Blancanieves no llegó a tiempo de impedir el desmadre: fue el día de la lluvia de piedras. Aunque, en verdad, peor hubiera sido que no hubiese llegado nunca a rescatarlo porque cuando lo vio ya su hijo tenía rajada la cabeza y el chorro de sangre no le dejaba abrir los ojos. Dicen que fue un mangazo; un mango duro y verde de semilla grande, de ésos que en Cuba se llaman huevos de toro.

Ese mismo día, la madre se lo llevó del barrio, para quitarle la manía y para que llegara a ser un caballero.

Y Frank no había vuelto por el barrio en todo este tiempo en respeto a la memoria de su madre. Y no lo habría hecho nunca de no haber coincidido con Geroncia --cosas del destino-- en aquellos programas radiales con participación de público, precisamente en la luneta de al lado, y si la ex-medium no le hubiera hablado con tanta vehemencia de su pasión por el bolero.

--Quizás, quizás, quizás... --Frank no se había olvidado de Blakamán: cuchicheaba, mientras daba rienda suelta a un tic nervioso en el que se chupaba el dedo, lo olía y se lo llevaba a la frente, tocándose con saliva la vieja cicatriz. Seguía con la boca en O, como a la espera de una revelación--: ¡Eso, el damasco verde! --exclamó.

Se puso a buscar en su mochila de boy scout. Primero sacó con cuidado las revistas de cine y un paquete envuelto para regalo; pero enseguida vació históricamente el contenido de la bolsa (tijeras, agujas, hilos, imperdibles, lápices de labio, pasta de limpiar zapatos) sobre la cama, y, a partir de ese momento, cambió el "tempo" de su narración que pasó a ser un "suspense" en cámara rápida:

--¿Se acuerdan del señor del glamour? Pues bien, fue él quien me regaló el damasco verde; claro que con toda la discreción de un caballero, ¡ay, si lo viera mi

madre, que Dios tenga en la gloria! --suspiró--; aunque el muy hurón del Puri, arrepentido como estaba de haberme llevado al tea party, lo descubrió, y por eso a estas alturas es inútil guardar discreción...

Iba hablando y desatando y abriendo el paquete al mismo ritmo. Pero, de repente, hizo una pausa que aprovechó para batir en el aire el damasco verde, como si fuera la vela de un yate batida por el viento de un mar exótico. Y al tiempo que dejaba caer lánguidamente la seda sobre la cama, dijo, al fin:

--¡Se trata de Bola de Nieve, el gran chansonnier!

Con sus oleadas sucesivas de perfume, la agitación de la seda brocada había impregnado la atmósfera del cuarto con olor a "Femme", de Marcel Rochas. La esencia preferida de Bola y de María Félix. El aletargante olor nos embotó el aliento y luego el sentido, pero no me impidió reconocer el damasco enseguida: no era de Bola. Y es que la historia laberíntica de la tela me la había contado mil veces Gabrielito Lázaro, quien dirigía un grupo de teatro infantil al que yo pertenecía y que era hijo del enamorado poeta español Angel Lázaro, que pasaba con su familia el exilio en Cuba y vivía a unos metros de mi casa.

La familia Lázaro había intentado primero acomodarse en México. En aquel México de los últimos años 40 que vivía, todavía intensamente, la resaca política del General Lázaro Cárdenas, su nacionalización del petróleo y su fracasada reforma agraria, y que se enardecía con el asesinato de Trotsky, aún fresco en la memoria. Pero era, sobre todo, el país, más narcisista que nacionalista, que descubre a su gran símbolo del narcisismo y lo convierte en mito: María Félix. La época en que Diego Rivera pinta, como un desafío, el hermoso retrato "María casi desnuda", y Frida Kahlo vacía en sus lienzos su aberrante pasión por la muerte en un reto que Diego no logra superar; es cuando María envuelve en una sábana las pertenencias de Agustín Lara y se las envía con un criado al camerino de El Patio, donde cada noche el músico-poeta canta-llora las canciones que le hace a María. La época en que el compositor jarocho responde a la grosería de su amante, enviándole como regalo de despedida un rebozo de seda verde que ha hecho bordar en una esquina con hilos de oro y en letras de filigrana: "María Bonita, María del Alma" --un último adiós bordado por manos indias. Y todo esto lo sé porque Gabrielito me lo ha contado.

--Mi padre le acariciaba el lunar de la mejilla y ella le decía: "Poeta, poeta, ¿sabes que esto es un privilegio?" --contaba entusiasmado Gabrielito, a quien su madre, la paciente Consuelo, le había entregado el rebozo para que lo usáramos en el grupo de teatro.

También me había contado el hijo que su padre no

sabía nada del préstamo. Que era por lo del lunar que María le había regalado el rebozo de Agustín al poeta gallego de "La vendimia". Y me demostraba que la seda era tan fina que permitía deslizar el rebozo a través del anillo de bodas del poeta. Lo que nunca me contó mi amigo es qué hacía en sus manos el anillo de bodas de su padre. Y lo que nunca tampoco sabré es cómo pasó ese rebozo de Gabriel a Frank. Aunque, tal vez, pueda imaginármelo.

Pero, ¿por qué Frank atribuía la propiedad de la tela a Bola? No me cabe la duda de que el damasco verde pasando de mano en mano se había convertido en el símbolo del ocultamiento. Frank quería y no podía contar y, en su deslumbramiento de debutante, el damasco verde le venía como anillo al dedo para dejar claro (a su modo) que había sido él y no el Puri el elegido del perfumado caballero.

--Tienes que tener en cuenta la competencia, querida. --Se tiró el damasco por encima como hacían los romanos--. ¡Y no te fíes ni de tu mejor amigo! --Lanzó una carcajada de flan y agarró las tijeras y, de un tirón, arrancó las mangas de farol del vestido.

La guajira lo miró despavorida, pero, antes de que pudiera pronunciar palabra, Frank le espetó:

--¡Ahora sí, el strapless de Gilda!

La noche del debut yo me sentía como si nos fueran a llevar al patíbulo, aunque Frank hubiera hecho del quinceañero vestido de segunda mano de Geroncia una réplica del de Gilda. Lo del pelo, sin embargo, merece un aparte. Con insistencia patológica el peluquero se dio por entero a domar la imposible melena, a la que sucesivamente enjuagó con limón, enchumbó en brillantina, laqueó con clara de huevo y enroscó en los rulos del papel higiénico. Y hasta se atrevió, después de humedecer el pelo con saliva, a tirarle una planchadita con la plancha tibia, pero, ¡maldita sea la hora!, la frotación electrificó más la pelambreira. Fue entonces cuando se produjo una especie de milagro: Frank escuchó en su mente la voz de los marines diciéndole: "Si no puedes con ellos, únete a ellos". Y de inmediato, la interpretó a su modo: se ayudó con presillas para llevar hacia el otro lado el estropajo de aluminio, que convirtió, con un toque de nada de sus hábiles manos, en una nube de tormenta. Un efecto imprevisible e interesante. Pero la creatividad de nuestro amigo no dejaba de asombrarnos: sacó de su mochila de boy scout una gigantesca orquídea reforzada con papel crepé pero hecha con los recortes del tornasolado vestido. La había salpicado con fondo de botella triturado y pegado aquí y allá con cementina, de forma que parecía a veces rocío, otras escarcha y otras copos de nieve. La acercó al foco de la luz y la orquí-

dea relumbró.

--El truco está en que nunca se sabrá si es una orquídea nevada o si se le han incrustado pequeños diamantes; si estos pistilos que hice con alambre de cobre son en realidad las antenas de un mágico insecto o los frenéticos tentáculos de una planta carnívora --decía mientras mecía la orquídea debajo del bombillo de la luz.

Como un iluminado, colocó la orquídea en el espacio que había despejado en la cabeza de Geroncia, que adquirió de súbito un aspecto mágico, entre carroza de carnaval y diosa de Mandrake el Mago. Con la orquídea surrealista, el make-up man y agente de propaganda había puesto, como una firma, el toque final a la obra que había comenzado en estado de histeria y terminado en estado de gracia. Se produjo un minuto de silencio: toda Geroncia relumbraba en el espejo.

--Sisisisí --dijo el artista filosóficamente--: la ambigüedad, el truco, la trampa, ¡eso es la seducción!

Geroncia y Frank salieron a la calle como vestidos

de baile. La noche era similar a otras muchas noches de verano en El Vedado, en las que se respira el olor azucarado de sus jardines, la frescura de sus laureles y el aire húmedo que viene del mar. Pero esta noche olía también a la brea con que se untan los barcos y que a algunos nos produce la adorable sensación de vaivén y deslizamiento que se siente cuando se mira el mar desde la cubierta. Había algo de artificio, un cierto brillo de celuloide, en esta noche en la que casi inaudible se escuchaba una música lejana y en la que la luna y las estrellas parecían comportarse como reflectores, derramando luz sobre la pareja. Frank guiñó un ojo, movió los dedos índice y medio como si jugara con un bastón muy fino y luego hizo como que se ponía una chistera. También hizo una pirueta de ballet y le dio el brazo a una Geroncia altiva, ligeramente envuelta en la transparencia del rebozo, cruzado al cuello y dejado caer a la espalda. El damasco de seda verde flotaba al viento cuando se fundieron en la noche. Iban del brazo como Fred y Ginger.